

Recuerdos del ángel

Pedro M. VÍllora

Cronos devorando a sus hijos, el canto a la belleza de Melibea –la misma que morirá arrojándose desde las alturas-, el rapto de la hija de la diosa de la agricultura que tendrá como consecuencia la instauración del ciclo de las estaciones, el muérdago benefactor de fecundidad, el tetractis pitagórico que otorga el conocimiento del mundo y de uno mismo, las mariposas que encarnan el alma de los muertos, el andrógino cisne en el que se unen los opuestos en un centro místico, la tríada superior de los coros celestiales, el trébol de la felicidad y la buena suerte, el cedro del poder y la firmeza –asociado aquí a un marido infiel-, una hilera de cipreses, el árnica que protege contra los rayos –pese a lo cual alguien morirá electrocutado-, eufobio contra los venenos y celidonia contra las disputas, el sexo de los ángeles... Animales y plantas, seres celestiales y criaturas imaginarias aparecen una y otra vez en *Invierno*, tiñendo la obra de referencias, introduciendo niveles de lectura, cargando de poder simbólico una trama y un lenguaje austeros, afilados hasta el extremo del peligro, abiertos por completo a la herida del desasosiego.

La tragedia que es *Invierno* acumula pistas que anuncian su destino fatal. El autor lo ha dispuesto así, pero es evidente que su intención no ha sido entorpecer al receptor con continuas llamadas en busca de sentido. Ninguno de estos elementos alza el brazo ni grita pidiendo atención: «¡Eh! ¡Estoy aquí! ¡Fíjense en mí! ¡Descodifíquenme! ¡Averigüen mi significado!» Bien al contrario, tanto el lector como el posible espectador pueden atravesar *Invierno* –y esta es una obra cuyos personajes no dejan de atravesar un parque, de Este a Oeste, de Norte a Sur, a veces siguiendo un

camino acostumbrado y otras adentrándose por senderos casi olvidados- sin advertir la existencia de estos símbolos y, por consiguiente, sin echarlos de menos.

Sin embargo, si *Invierno* es una obra que se entiende de maravilla sin necesidad de reparar en estos detalles de su construcción, tampoco hay que pensar que se trate de un texto aparentemente sencillo pero en realidad dirigido a lectores cultos que se entretengan en recomponer mensajes cifrados y ocultos tras un aspecto cristalino. *Invierno* no es un juguete ingenioso destinado a paladares eruditos, ni tampoco es un artefacto desbordante de efectismos culturales. Aquí no hay diseño de ocasión, sino cultura.

*Invierno* es una obra culta. Lo es por su elegancia, su sobriedad. Lo es por la admirable contención de sentimientos y expresiones, por la precisión gélida e implacable con que disecciona a sus personajes para exponer sin ambages la motivación y el deseo. Y es culta porque toda ella está transida de cultura, porque se sustenta en la evolución cultural de occidente, porque aprovecha el imaginario colectivo construido a lo largo de siglos de pasado y lo asimila hasta hacer que se convierta en el poso más íntimo de su ser. Hay casos en que los motivos simbólicos son, en efecto, tropezones incómodos, porque no tienen más función expresiva que aportar datos, informaciones ajenas a la lógica estética de las creaciones. En *Invierno*, por el contrario, esas referencias no piden ser explicadas ni entendidas en un primer momento, porque su misión no es otra que abrir espitas imaginarias por las que fluya la sensación del Mal.

Lo funesto recorre estas páginas. Lo maligno, sin hacerse obvio salvo en ocasiones muy contadas, no deja de estar presente en todo instante sin hacer esfuerzos por ocultarse. Desde su mismo título, la obra se desliza hacia la fatalidad, hasta un lugar situado más allá del punto en que la tragedia se consuma. *Invierno* conduce al frío total, a la desolación, al

espacio de la no vida, al tiempo del no recuerdo, al escenario habitado únicamente por el olvido.

Se diría que para el autor vale más el amor que la huella del amor, más la presencia inmediata que su reflejo, como es más productivo el odio activo que la indiferencia o la abulia. Pero el amor y el odio exigen respuesta, necesitan ser alimentados por un contrario para no agotarse en un esfuerzo no recompensado. Y ese premio es precisamente la extensión, la prolongación, la fructificación que nos ayuda a mantenernos a salvo de desaparecer bajo esa costra anodina y gris que es el olvido. Hacer es trabajar por el recuerdo, no hacer es rendirse y no luchar; no hacer es hundirse.

Julio Escalada aboca a personajes de tres edades diferentes ante el dilema del amor y el recuerdo. Para unos, amar es vivir y ser amado es estar vivo. Para otros, el odio es un sustituto del amor que permite tener algo por lo que seguir viviendo. Los hay para quienes lograr algo mediante el trabajo viene a representar cierto consuelo cuando el amor no ha supuesto apenas nada. Algunos quisieran ser recordados y no saben cómo conseguirlo. Otros saben que el recuerdo sólo lo aseguran los demás, y se enfrentan ante la disyuntiva de recurrir a la coacción o a la conquista. Hay quienes aman casi sin objeto, como hay también quienes nunca han sido objeto de ningún amor...

Amar, odiar, hacer... Amar y ser amado. Odiar y ser odiado. Hacer y ser respetado... Son tres maneras de garantizarse el recuerdo, la existencia cuando acabe el invierno, el despertar del letargo, la transformación del horror en mariposa, del hombre en ángel, de la nada en esencia inmortal.

En otras épocas, los autores escribían tragedias sobre personas que tentaban la suerte del destino pero que, en definitiva, querían ser más de lo que eran, tenían ambición, hambre de totalidad. Pero Julio Escalada es un autor de hoy, un grandísimo autor de hoy, y ha escrito una tragedia

contemporánea. *Invierno* es obra de una época que ha olvidado el sentido del amor, de un siglo basado en la especulación y el simulacro, de un mundo aturdido por el ruido de las famas efímeras y los hechizos inmediatos. *Invierno* es una obra que habla como pocas de un tiempo que ha olvidado que lo primero para ser recordado es ser, y que lo primero para ser es serse, y serse fiel y afectivo y respetuoso y creativo y abierto y comunicativo y receptivo y auténtico con uno mismo y con los demás. Pero la nuestra es una civilización que atraviesa años de invierno, de hielo en el corazón y escarcha en el alma. Por eso hacen falta obras como *Invierno*, que nos obligan a retirar la nieve de nuestras puertas, a abrigarnos con amor -y con cultura- para entrar en calor. Obras que nos hablan de lo que fuimos y de lo que somos, de eso en lo que nos hemos convertido y de aquello tan distinto que aún podemos ser. Porque *Invierno* es una tragedia dura, áspera, inmisericorde, deliciosamente cruel, fría hasta el desmayo, pero en la que podemos, si queremos, intuir un atisbo de esperanza, igual que sabemos que hasta al mismo invierno le llega un día su fin.